

NADIE CUENTA NADA * FUNESIANA

ELE PHANT TAL K

PABLO
FERRAIOLI



Elephant talk





Elephant talk

Pablo Ferraioli

funesiana
| 2016 |

Ferraioli, Pablo
Elephant Talk / Pablo Ferraioli ; contribuciones de Ana Vicini. - 1a ed. revisada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Funesiana, 2016.
96 p. ; 22 x 15 cm. - (Nadie cuenta nada / Lucas Oliveira ; 1)

ISBN 978-987-46186-7-2

1. Narrativa Humorística Argentina. 2. Microrrelatos. 3. Cuentos. I. Vicini, Ana, colab. II. Título.
CDD A867

* *Elephant Talk*, de Pablo Ferraioli integra la colección
nadie cuenta nada a cargo de Lucas Oliveira

Asesoramiento editorial: Ana Vicini



El fragmento de *Elephant Talk*, de King Crimson
con letra de Adrian Belew, se reproduce con la
amable autorización de *DGM Ltd*
The extract of *Elephant Talk* by King Crimson
(with lyrics by Adrian Belew) is reproduced by
kind permission of *DGM Ltd*.

copie, reenvíe
preste, fotocopie
comente, corrija
tache y vuelva a copiar
citando todas las fuentes
* chequee *

[http://creativecommons.org/licenses/
by/2.5/ar/](http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/)

impreso en talleres propios ubicados en
floresta, buenos aires, argentina

primera edición
| abril de 2016 |

A Bruno, Mora y Ema



Talk, talk, talk,
it's only talk...

Elephant Talk
King Crimson



“...y en la espera vagamos, indiferentes...”

Oye el sonido del agua cayendo en la ducha. Va al minibar. Se sirve un ron. Sin hielo. Busca el atado entre las botellas. No está. Palmea los bolsillos del pantalón y recuerda que lo ha dejado en el saco que está doblado, colgando del respaldo de una silla, al otro lado del cuarto. Al pasar frente a la puerta abierta del baño, ve la sombra de Berenice proyectada contra el cristal esmerilado de la mampara de la ducha. Ama la idea del agua jabonosa escurriéndose entre sus tetas. El inequívoco cosquilleo que antecede a una erección lo complace. Llega junto a la silla. Encuentra el atado en el bolsillo interno del saco. Toma un cigarrillo y el encendedor. Golpea el filtro contra el encendedor. Dos, tres veces. Luego, lo prende con una larga y profunda pitada. Suelta el humo bruscamente, creando un aura descompuesta y atolondrada alrededor de su cabeza. Mira por la ventana. El río se ve tan plácido y la noche tan serena. Abre el ventanal y entra una

ráfaga de aire tibio. Con el cigarrillo entre los labios, va a buscar el sillón rojo que está junto a la cama. Lo acomoda frente al ventanal y vuelve sobre sus pasos para buscar un cenicero. Pero al pasar frente a la puerta abierta del baño, ve otra vez la sombra de Berenice proyectada contra el vidrio y se detiene. Se queda mirándola. Está quieta, con la cabeza gacha, dejando correr el agua por la nuca. Un vaho denso de vapor de agua se ha acumulado contra el techo del baño y empieza a bajar para escapar por la puerta. La sombra de Berenice, apenas asimilable a ese cuerpo de mujer que él conoce bien, se ve lánguida y es apenas la sombra de un recuerdo. Aspira el cigarro, que se consumía olvidado entre sus labios, cuando el inequívoco cosquilleo que precede a una erección le recuerda que está fumando y le impone la obligación de hacer algo. Se palmea los muslos como quien se sacude una inercia y mueve la cabeza a ambos lados. Sigue hasta el bar, agarra el cenicero y vuelve al sillón que ha dispuesto frente al ventanal. No se detiene frente al baño, no lo necesita para saber que Berenice sigue inmóvil bajo el agua. Conoce esa costumbre. Permanecerá así larguísimos minutos. Acomoda el cenicero en el posabrazos del sillón y sacude las cenizas. Recuerda el ron. Deja el cigarro en equilibrio en el borde del cenicero y cruza una vez más el cuarto para buscarlo. Parado junto al minibar, casi

de espaldas a la puerta del baño, prueba el trago. Le resulta innecesariamente agresivo y le agrega hielo. Vuelve al sillón. Aún no se sienta. Permanece junto a la ventana, mirando el río, degustando el ron (seco, siete años), escuchando el agua de la ducha golpear el cuerpo de Berenice, la loza de la bañera, el cristal esmerilado. Se queda unos instantes absorto en el humo del cigarrillo. Luego vuelve a mirar el río. Parece tan calmo, tan quieto, tan mudo. Una camioneta negra llega desde el puente que conecta la isla por el sur y se detiene en la costanera. No ve bajar a los dos tipos que unos instantes después adivina por las brasas rojas que se encienden junto al vehículo. Se acerca al sillón y agarra el cigarrillo. Le da otra larga pitada y vuelve a expulsar el humo bruscamente. Se sienta. El ruido del agua que se apaga lo sobresalta. En la oscuridad del cuarto, escucha la mampara deslizarse y abrirse. Berenice sale de la ducha.

Cierra los ojos. Proyecta en el cristal (esmerilado) de su mente una sombra del cuerpo de Berenice, tal como otras veces lo ha visto saliendo de la ducha. Su marioneta acompaña, supone, los movimientos casi rituales de Berenice, el pie derecho alzándose primero para sortear el borde de la bañera, la mano izquierda estirándose para alcanzar el toallón mientras la cabeza se inclina a la derecha, arqueando el torso, para que el pelo negro y largo, empapado, cuelgue liso

y pesado y escurra y pueda envolverlo con el toallón al mismo tiempo que endereza el torso y revuelve la toalla con ambas manos, que despliegan inmediatamente el paño para bajarlo por la espalda, envolver el pecho, secar los senos, el pliegue entre los senos, el abdomen, el vello de la entrepierna y luego el muslo derecho, que se levanta un poco mientras el pie se apoya de puntas en el suelo, para cambiar a la otra pierna, el mismo gesto, el mismo apoyarse en la punta de los dedos. En el momento en que el avatar de su mente toma el secador de pelo, el ruido de la máquina, desde el baño, le confirma la exactitud de sus recuerdos. Berenice se seca la cabeza moviendo el secador en círculos con la mano derecha, mientras la izquierda abre el pelo en hebras para facilitar el paso del aire caliente. Aunque lo espera, el silencio que sobreviene cuando Berenice apaga el secador lo sobresalta. Escucha el click de la llave de luz y la oscuridad en el cuarto es entonces absoluta. No se vuelve para ver a Berenice salir desnuda del baño. Le basta con saberla. Ella no dice una palabra y se le acerca. Le acaricia el pelo y le saca el cigarrillo. Aspira casi con el mismo ansia que él, pero expulsa el humo de manera más suave, empujándolo hacia arriba, en una bocanada larga. Le devuelve el cigarrillo, ya casi apenas filtro. Se acerca a la cama donde está su ropa de

ayer y de antes de ayer. Y de antes de antes de ayer.
Se viste.

—¿Estás lista?— pregunta él, rompiendo el silencio.

—Si— le contesta ella.

—Dos matones de tu marido nos esperan afuera.

—Vamos— le dice Berenice.



Mirada (speed)

Pasa, a veces. Ponele que vos estás sentado en un bar que no frecuentás, digamos que tomando un café y leyendo el diario, completamente abstraído, haciendo tiempo. De pronto, se hace la hora. Levantás la vista y le hacés a la moza —porque en este bar atiende una moza— que está acodada en la barra, ese gesto de alzar el brazo y cerrar la mano como sosteniendo un lápiz, una birome, una pluma de ganso, para luego sacudirla en el aire, como trazando un garabato, una rúbrica, un firulete. La moza te trae la cuenta sin mirarte. Sin mirarte te cobra, te agradece las monedas del vuelto que le indicaste que se guarde y se vuelve a la barra. Vos encarás para la salida y ahí, al pasar, ella —que no es la moza—, que está sentada tomando un café o una Sprite con su novio, marido, amante, amigo, pretendiente, secreto enamorado o simple circunstante, te clava la mirada, y vos te das cuenta que te mira, y ella se da cuenta que te das cuenta y te

sostiene la mirada todo el tiempo que la trayectoria que llevás te lo permite, hasta que alcanzás la puerta y salís a la calle, punto en que este retazo de historia se termina a los fines que nos interesan, así, diluida, como esas miradas azarosas que a veces una mujer le dedica a un hombre —vaya usted a saber cuál— un poco impúdicas, pero, desde tu punto de vista, inconsecuentes.

El gesto

Estamos reunidos junto a la piscina. Mis hijos entran al agua con su abuela, mi madre. «Está profunda», grita el mayor. Mi madre lo ayuda a flotar.

Tras ellos, entro yo al agua, y empiezo a nadar de espalda, llevando a mi hija del medio sentada a horcajadas sobre el abdomen. Ni bien empiezo a nadar, cuando las salpicaduras del agua estorban mi visión, me doy cuenta de que no me quité los anteojos. Sin dejar de nadar, me los saco y le hago a mi viejo, que está de pie junto al borde de la piscina, el gesto de arrojárse los.

Su reacción me sorprende. «Pero cómo te vas a sacar los anteojos», me dice, y yo, francamente, no entiendo porqué no habría de quitármelos, pero advierto que no piensa atajarlos, así que los revoleo con furia. Los anteojos pasan por encima de él y van a

dar más allá de la ligustrina que circunda el área de la piscina.

Yo sigo nadando sin prestar más atención al asunto y bromeando con mi hija, que va muerta de risa sobre su papá ballena que se llena la boca de agua y escupe hacia el cielo simulando el venteo de un cachalote gigante.

Sin embargo, escucho a mi madre que intercede por mí ante mi padre. «Carlos», dice, y reconozco el tono, la manera de decir ese nombre, que es la manera que usa todas y cada una de las veces que asume alguna forma de defensa de sus hijos, «Diego no puede nadar con anteojos, se mojan y no ve, además, podrían arruinarse, ¿por qué no los ponés en algún lugar seguro?, eso es lo que te estaba queriendo decir...»

Entonces veo, allí, en el fondo de mi campo de visión, que mi padre se dirige hacia la ligustrina y busca mis anteojos. Es su gesto de buena voluntad.

Entre tanto, yo llego al borde de la piscina y escucho que mi hijo mayor, que ya había salido del agua, se acerca a nosotros gritando y riendo y arroja una toalla con la que cubre a su hermana. A él no lo veo, porque yo sigo nadando de espaldas y estoy con la cabeza hacia el borde de la piscina, pero lo escucho reír. Al ver a la nena cubierta con la toalla, se me pasan por la cabeza dos o tres ideas amenazantes, como

que podría sofocarse, asustarse, enredarse y caerse al agua, y digo: «pero cómo vas a tapar así a tu hermana, ¿no ves que es peligroso?».

El nene vuelve a agarrar la toalla y se aleja, entristecido. Yo no digo nada más. En esta historia faltan muchas cosas, pero, sobre todo, falta mi gesto de buena voluntad.



Niebla

La niebla es un lugar común. Quiero decir: un tópico repetido y frecuentado, pero también una forma o disposición del espacio que nos es compartida. Pon- gamos por caso el día de hoy: la niebla se aposentó en mi barrio como una dama victoriana, petulante y pagada de si misma. Curiosamente, se desparramó en parches caprichosos. Bueno, una dama victoriana no se desparramaría en parches caprichosos. Se sentaría recatada y con la piernas bien juntas, las manos sobre esa parte del cuerpo victoriana-mente conocida como “regazo”, con expresión de nunca haber chupado una pija y con una maldad evidente y notoria. El efecto de esta niebla patchwork fue el de sumergir a los transeúntes y a los automovilistas en súbitas fosforescencias tridimensionales, de ese color amarillento, cobrizo o rosado, propio de las luminarias modestas de los suburbios, en las noches de niebla. La luz se apelmaza en la niebla. La luz de los faros de

los autos se apelmaza en la niebla. La luz de los faros de los autos que vienen en sentido contrario se queda pegada a los faros y avanza con ellos, a veces como amenazas brutales, a veces con timidez de pantera. Y súbitamente, la niebla patchwork se acaba,

la claridad se abre y encandila,
el volumen de las cosas es un oprobio o un
elefante o una pagoda, o un volumen o una
atmósfera o peso específico o mera masa,
y la distancia tiene otra vez función, senti-
do, rumbo y dimensión.

Pero allá en el fondo, doscientos metros adelante, donde la calle se hace de tierra y salta en un puente angosto sobre el arroyo Rodríguez, otra vez, la señora victoriana se impone como una pared, una fosforescencia, un rubor sonrosado, amarillo o cobrizo, que hace de todo un telón pintado, una pantalla 2d, una apnea de masa.

Lisboa

Lisboa tenía el aire azul por aquellos días. Todo era correr por la calle naranja hasta dar con la nariz contra una puerta; entrábamos siempre (había mármol, unas sillas inglesas y una luz muy clara).

Tomábamos el té mientras mirábamos el mar por la ventana del salón. A veces, no nos alcanzaba el azúcar y le arrancábamos mechones de pelo a tu perro blanco, que dormía a nuestros pies, siempre.

El mar era muy verde. Contemplábamos las olas y nos hacíamos cosquillas en las yemas de los dedos, con las uñas. En la terraza, creábamos montañas de pelo blanco de ballena que caía de los aleros. (El perro estornudaba y trataba de atrapar al vuelo el vapor de pelo de ballena que se deshacía en el aire).

Nos zambullíamos en las montañas y rodábamos. Estabas desnuda entonces.

Te tocaba la palma de los pies antes de que bajaras a la playa. El mar te esperaba conteniendo el aliento (Lisboa entera se estremecía con la apnea del mar).

Yo cerraba las celosías y rezaba. A veces lloraba. Devoraba los mechones de pelo blanco de ballena que habían estado entre tus piernas.

Tu perro se quedaba en la terraza y miraba el cielo hasta que la lluvia le quemaba los ojos acuosos y le lavaba el pelo blanco, que escurría a chorros, como volcanes de edulcorante. Entonces se levantaba despacio y se iba a tirar debajo de una mesa de hierro forjado, pintada de blanco.

Lisboa entera (las calles naranja) espera que salgas del mar.

Pongámoslo así...

*“...amor, deja tus labios entreabiertos
porque ese último beso...”*

Pablo Neruda

...la escena la vi en una película. En más de una, tal vez: usted llega a su casa antes de la hora habitual. Cuando entra, escucha las risas de su mujer y sonrío, feliz de llegar a casa. La sonrisa le dura en el rostro lo que tarda en darse cuenta de que la risa viene del dormitorio. Anticipando las cosas, usted se acerca sin hacer ruido y se asoma a la puerta entreabierta. Ahí está: su mujer cabalgando feliz sobre una pija que no es la suya (ni suya de usted, ni suya de ella, está claro). Usted sabe que esas cosas pasan, que así es la vida, que la mujer y el deseo, pero, sin hacer ruido, con esa sensación que convencionalmente se describe como un “nublarse la vista”, busca un revólver que tiene por ahí, en un cajón del escritorio, en un armario. Vuelve sobre sus pasos e irrumpe en el cuarto, apuntándole a su mujer. “¡No! Esto es... literatura”, dice ella, no sé porqué, pero dice eso. Usted, en ese momento, no está en posición de contra argumentar

con aquella frase de Borges sobre la mañana y el encuentro, que son sueños, y sobre el deber que cada uno tiene de pensar que el soñador es él. Su evidente obligación es aceptar el universo.

No, no: lo suyo es más expeditivo. Como en cuestiones de literatura usted es más bien incapaz de resoluciones sofisticadas, le pega un tiro a su mujer. Le apunta a la boca (borrar los besos, las palabras de amor, las felaciones) y le da. No sé si en la boca, pero su mujer cae sobre su amante (suyo de ella, se entiende) con la cara hecha mierda. El tipo (el amante de ella), en ese momento, no sabe si siente miedo, asco o furia.

Usted no tiene la lucidez para pensar que le conviene matar al amante primero y, en lugar de eso, intenta suicidarse. No propondré explicaciones para el hecho de que el amante pegue un salto y se arroje sobre usted, arrebatándole el revólver (encima, le deberá usted la vida).

Si usted fuera un poco versado en eso de la literatura, dedicaría su tiempo en prisión a establecer si prefiere eso o la nada.

Como no dormir

I was the shadow of the waxwing slain
By the false azure in the windowpane...

John Shade, Pale Fire, Vladimir Nabokov

La luz del pasillo entra por la puerta abierta de mi cuarto a oscuras. Dibuja en la pared un rectángulo iluminado junto a mi cama. Levanto una mano y la atravieso en el haz de luz. Me quedo mirando la sombra. Nítida, negro sobre blanco. Creo que mi mano es cada vez más chica. Extiendo los dedos. En la figura no están las manchas de mi piel, pero noto el temblor del pulso y reconozco el dedo al que le falta una falange. Por la ventana abierta miro las estrellas en la noche sin luna. Nítidas, blanco sobre negro. Prendo el velador de mi mesa de noche. Una luz amarillenta tiñe la pared y la imagen de mi mano se atenúa, pierde precisión, se convierte en una mancha apenas más oscura, una pálida sombra.

—Antonia, te traigo la cena—. Es Clarita, que prende la luz principal del cuarto (la imagen de mi mano se esfuma, conjurada por la luz que rebota en todas direcciones y rellena todos los ángulos).

—Primero quiero hacer pis, Clarita.

Clarita me destapa. Con pericia, me baja el calzón y me acomoda la chata. Meo. Una nunca se acostumbra a mear postrada. Todavía me parece humillante, pero qué voy a hacer, mis piernas son apenas la pálida sombra de mis piernas.

—¿Cómo está Luisa?

Clarita me ayuda a limpiarme y me vuelve a subir el calzón. Suspiro. Me acerca la mesita de cama y el caldo desabrido.

—Como siempre, Antonia, no sabe ni cómo se llama—. Clarita sale de la habitación para llevarle su cena a otra vieja.

Mientras tomo mi caldo, miro las paredes del cuarto. Bajo la luz intensa de la lámpara del techo, ninguna silueta se proyecta. Al rato, Clarita vuelve a buscar los trastos.

—No terminaste la sopa, che.

—Ay, nena, no tengo apetito.

—Qué vieja manera sos, ¿eh, Antonia?

—No me retes, un poco tomé, pero no tengo más apetito.

—Qué cosas... ¿te apago la luz?

—Si, por favor, Clarita. Dejá la ventana abierta. Y cerrame la puerta. Sos tan buena conmigo.

Sé que no podré dormir. Me quedo en la habitación a oscuras, esperando el día. La luz de las estrellas no alcanza para separar del fondo negro ni la más pálida sombra.

Una graciosa pirueta

Ahí está. Una vuelta completa, la hipertrofia de una vuelta completa. Aunque hemos quedado exactamente en la misma posición que al principio, no te creas que no ha costado lo suyo. Fue algo parecido a la pirueta que hacen ciertos contorsionistas, esa de doblarse hacia atrás hasta apoyar las manos en el suelo, bien cerca de los tobillos. Luego, pareciera que todo es cuestión de dejar que el cuerpo se extienda por sí solo, los pies describen un arco en el aire hasta volver al suelo y el torso se eleva, parsimoniosamente, hasta dejar al contorsionista otra vez de pie, la vista al frente. O, mejor, digamos que fue algo como el magnífico esfuerzo que hacen los atletas que vuelan sobre el cajón, esos que inician la prueba parados en un extremo de la pista, buscando adoptar la posición más garbosa posible, los pies impecablemente juntos. Luego de un minúsculo brinco, seguramente más destinado a darse ánimo que a otra cosa, se lanzan a

toda carrera hasta picar sobre el trampolín que los despide hacia arriba, dándoles el plus de energía necesario para ponerse cabeza abajo, girar sobre su eje longitudinal con los brazos pegados al cuerpo, completar la voltereta mientras los brazos se extienden, apoyar las manos en el caballete, obtener el impulso para volar otra vez por el aire, dar todos los giros que se pueda sobre todos los ejes del cuerpo imaginables y caer impecablemente sobre los dos pies, sin rebotar ni dar un paso adelante o atrás, en la misma posición que al principio, la más garbosa posible, concitando la unanimidad del jurado que los premia con el máximo puntaje mientras el público silba y aplaude. El atleta puede permitirse entonces un cuarto de giro a cada lado para saludar a la tribuna y agradecer a los jueces. Ahí está, logró la proeza: dar una vuelta completa, la hipertrofia de una vuelta completa, y quedar exactamente en la misma posición que al principio.

Eras tan Lelouch

Era Ginebra y era gris y era resplandor la llovizna sobre la Rue Lausanne. Nos encontramos compartiendo el desayuno en una mesa de hotel. Su inglés era notablemente mejor que el mío, pero teníamos ganas de hablar.

Tardé en darme cuenta de que ese sonido cerrado y rígido que ella emitía era el modo ruso de pronunciar «guevara». Me reí, sin sarcasmo, más bien como una palmada en la frente. Repetí: «guevara», con mi dicción rioplatense. Ella también se rió y trató de imitar ese sonido. Fracasó.

Ella tomó té y noté que guardaba en los ojos la furia de guerra que se agita tras las ventanas, casa por casa. Yo preferí el café.

Quedamos en encontrarnos a la noche. Bailamos unos tangos inevitables (es decir, fatales).

Llego entonces a un punto de mi relato que no puedo sortear, aunque podría intentar escaparle

diciendo aquello, banal, de que estaba, de pronto y sin saber cómo, besándola. Después de todo, ese instante desapercibido es parte de una serie imposible de segmentar, como la que incluye a la gota que hace rebalsar al vaso. Sin embargo, tengo una pista.

Fue un chiste tonto lo que puso su boca a tiro de mi boca. Yo había descubierto hacía un rato que podía hacerla reír (que ella estaba dispuesta a conceder ese premio a la vanidad de mi ingenio), y cuando un hombre (este hombre) descubre que puede hacer reír a una mujer, se siente temerario y audaz. Mientras ella reía, decidí arriesgar la boca a beso o cachetada. Salió beso. Y fuimos a su habitación. Ya no hablamos. La desvestí. Era Ginebra. Y todo era muy lento. Y era resplandor su piel blanca en ese hotel de la Rue Lausanne. Empezó a hablar otra vez, palabras sueltas en ruso. Entendí el juego y nos dedicamos a elaborar nuestro privado diccionario bilingüe de los pecados y los placeres.

Nunca más volveré a saber los nombres rusos de las partes del cuerpo que importan en estas circunstancias. «Boca», «Р О Г», quizás. Los demás los he olvidado, al menos lo suficiente.

Pero al final, capricho de mujer, eligió cambiar otra vez el juego, volver al inglés que al principio nos había ofrecido la esperanza de entendernos.

«I come», murmuró, y me sorprendió. Todavía sujeto por las reglas del otro juego, yo iba a decir: «me voy». Y supe que ese diverso rumbo, la contradictoria dirección, era un sino.

Dormimos juntos. Por la mañana, cada uno salió por su lado sin acordar nada para después. La crucé por la tarde caminando por la Rue du Rhône. Me saludó con una sonrisa indiferente, como dedicada a un extraño que cubriera con su capa un charco a fin de franquearle el paso, en una galantería que ella se vería obligada a agradecer pero cuyas consecuencias se impondría conjurar.

Después de eso, no la vi más.



Autopista La Plata—Buenos Aires

Zanfonía. Una caja de resonancia, una rueda que gira accionada mediante una manivela, y unas cuerdas. Frotadas. El principio es el mismo que hace que las patas del grillo y las alas de la cigarra suenen. Como en una viola, el sonido nace de la frotación. Así, el sonido que quiero describir, intuyo, adivino, porque lo escucho sin poder ver qué es lo que lo produce, nace de una frotación, aunque, a diferencia del violín, que figura una lanzadera, este sonido tiene el largo aliento del sinfín de una rueda, como la de la zanfonía. Ahora dejo de pensar en grillos, cigarras y violas e imagino el canto de las ballenas, el canto que podrían hacer las ballenas. Se me figura un sonido casi de ultratumba, algo que proviene de una copiosa inmaterialidad. El sonido que describo tiene esa abisalidad, obtiene su cualidad mohosa de las capas y capas de agua que encubren a las ballenas. O de la arcaica antigüedad que desde el pasado sumerge a las zanfonías. Este

sonido tiene esa cualidad mohosa. Sin embargo, es una vibración de frecuencia humana, en el registro de una mezzosoprano o de un tenor. Por eso la viola y la rueda. El sonido aparece y desaparece sobre el ronroneo indiferenciado del motor y del viento, va y viene, de acuerdo con el vaivén del ambiente donde se produce, una ballena gigante, navegando la copiosa materialidad de la autopista, el micro. Una serie de notas de ataque suave vienen de algún eje o de alguna rueda, frotación sostenida, y se combinan en acordes imprevisibles, dos notas, tres notas. Una melodía automática y caprichosa. Este micro canta.

Crueldad

Nat había prendido todas las luces de su casa, que destacaban el blanco de las paredes y el amarillo de los almohadones, dispuestos en el suelo para que nos sentemos en ronda. Beatriz me busca, se me acerca por la izquierda y yo cierro conversación con Quique, a mi derecha. Llega Lu, “Lumía”. Unos días antes, habíamos vuelto a encontrarnos, después de mucho tiempo. ¿Un año? Creo que dos. ¡Dos años! ¿Y cómo estás? Bien. Sabés a qué me refiero. Si, bien, estoy en pareja, ¿vos? Nada... te quiero, todavía. Yo también te quiero, no es ese el punto, Lucas. Supongo que no. Ahora, Nat pone música, algo de Diego Frenkel, y trae las pizzas. Beatriz me saca conversación y yo miro a Lu. Beatriz trata de tomarme del brazo. La miro como para matarla. ¿Qué marcás? No contesta. Lu no me dedica mirada. Se sienta cerca de Nat, le desea feliz cumpleaños y se pone a charlar con el Oso, que tiene locuacidad cervezal. Se ríen.

El Oso es inofensivo, pienso. La noche pasa. Decidoirme y me despido de todos y de nadie, único beso para la anfitriona, que lo termines lindo, nos hablamos. Chau a todos. Yo también me voy, dice Beatriz, dando casi un salto. No sé cómo llegamos a siete y 57, caminando. No sé de qué pudimos hablar todas esas cuerdas ni sé como es que Beatriz está llorando y yo me siento frío de frialdad absoluta. No quiero nada con vos. Pero bien que me cogiste. Pero no quiero nada con vos. ¿Es por Lu? No me jodas, ella está en pareja. Pero es por Lu. Por lo que sea: no quiero nada con vos. Me siento mal, creo que me voy a desmayar. No hagas teatro, es tarde y estoy cansado. Te digo que me siento mal. No vas a hacer que me quede con vos desmayándote. Te digo que me siento mal. Pasan varios taxis y no le paro ninguno. Al contrario, doy media vuelta y, frío de frialdad absoluta, empiezo a caminar. Sólo veo las luces de la avenida, el amarillo lúgubre y tembloroso, opaco, suma de todos los haces insuficientes del alumbrado, los negocios y los autos. Escucho los suspiros de Beatriz a mis espaldas y me voy sin mirar atrás. No quiero ver, no quiero enterarme. Sé que está llorando pero piso firme, aprieto el paso, me voy. No me putea, no grita, nada. Si no escuchara su sollozo pensaría que se ha desmayado en serio. Cuando paso por el frente del Ministerio, sólo veo el frío halógeno y ya no escucho a Beatriz. En un

rato me voy a perder en la oscuridad de Plaza Rocha,
habiendo consumado un acto de cobardía y pensando
porqué, pudiendo evitarlo, pude ser tan cruel.



El viento reposa

Cuando el viento reposa... ¿es como un monje budista en el segundo antes del nirvana?

En el fondo del mar, donde ya no hay luz y la presión es inconmensurable, el agua, apenas fluida, ya casi inmóvil, ¿reposa?

¿O reposa el orangután que ve pasar la selva en su mínimo marchitarse?

¿Es como el aliento contenido?

El viento reposa: apenas un sustantivo y un verbo.

Para delimitar el sentido de la expresión probemos cambiar una vez más el sustantivo. Digamos: el hombre reposa. Seguramente no cualquier hombre reposa. La mayoría descansa. Reposa el hombre que puede elegir no usar una energía que, sin embargo, tiene.

Al hacer reposar al hombre, la voluntad ejerce.

Pero, ¿qué pasa si hacemos reposar a algo sin voluntad?

Digamos: los planetas reposan. Reposan suspendidos, apoyados o colgados de la nada mágica de la que está hecho el universo.

Y ese reposo magnético es como la deriva retenida que precede al abrupto acontecer de una anacrusa.

La anacrusa ¿empieza con su primer sonido, o empieza antes, contra el fondo de silencio que de golpe se retira para permitirle ser figura?

La anacrusa del cosmos se resuelve en los acentos de la polirritmia que forman las estaciones de todos los planetas, primaveras de Júpiter o Saturno, que seguro tienen.

Anacrusa o compás de espera... y en el movimiento de los planetas, ha cambiado el verbo: los planetas esperan. El hombre espera. Algo del orden del futuro ha preñado de tiempo el reposo del hombre y de los planetas.

Como ese hijo nuestro, que en tu vientre reposa.

Como el viento.

Me pican las manos, reina...

...pienso en todas las versiones que Miles
pudo haber producido de 'Limbo'
durante sus distintas etapas,
y, ya que estamos en envión,
cada uno de esos días
en que las manos le picaban tanto...

Jorge Hernán Anganuzzi ,
en una conversación que se llevará la lluvia.

...me pican las manos, reina, me pican. El escozor empieza en las muñecas, ¿sabés? Digo las muñecas por decir, porque me gusta la palabra "muñeca", porque ese nudo del cuerpo parece un buen lugar para que algo empiece, y porque decir que me empieza en el alma sería muy cursi. Nunca digas que una vez te dije que la picazón me empezaba en el alma... qué sé yo qué será el alma. Me pican las manos, es eso. Mirá como se me ponen. ¿No lo notás? Claro, no me brotan puntitos rojos ni la piel se me pone bordó, pero fijate, queman, ¿no lo notás? las manos calientes... tocame... viene de adentro... ¿acaso puede uno rasarse el lado de adentro de las palmas? Es insoportable, ayudame, agarrame las manos, apretalas fuerte. Cantá una canción, reina, un rato. Esa que te sale tan hermosa, así, sonriendo, como Ella. Eso me calma.

Un rato, pero vuelve. De chico, me picaban las manos y me daba por rascarme con un palito o una ramita. Pero eso no sirve, porque mientras te rascas una mano te pica la otra. Una tortura. Un día vi a mi viejo hacerse un emplasto con aceite y azúcar, después de terminar de arreglar no sé qué cosa del auto. Lo hacía para sacarse los restos de grasa. “Me pule la piel”, decía, cosas de mi viejo. Pero un día que la picazón era espantosa se me ocurrió probar. Te pones una cucharada de azúcar en la palma, le echas un chorrito de aceite y frotas una mano con la otra, como lavándote. ¿Sabías que el azúcar no se diluye en el aceite? Se hace como una pasta de pulir y te raspa la piel sin lastimar. Me dió alivio. Un rato. Todavía lo hago, cuando la picazón me enloquece. O me pongo un disco de Miles. Uno lo escucha y parece fácil eso de tocar sin vibrato, soplar adentro de un tubo de metal y sacar un sonido liso, parejo, imperturbado. Fijate. ¿Escuchás el esfuerzo? Yo lo escucho, es como si el tipo intentara rascarse las palmas por el lado de adentro. Rascar el alma.

Qué se yo qué será el alma.

No permita a los niños jugar en la selva

Hicimos un descubrimiento increíble, una selva en el cuarto de nuestro hijo. Con el verde, aparecieron las criaturas más exóticas. Escuchamos chillidos, aullidos, rugidos. Nos asustamos.

Una enmarañada foresta nos cerraba el paso. Debimos cortar lianas y raíces. Nos hundimos hasta los tobillos en el sustrato vegetal en descomposición. Serpientes e insectos corrían a nuestro paso. No todos escapando. Cientos de hormigas mordieron los pies de mi mujer. No pude evitar el shock anafiláctico. Tuve que dejarla y seguir. Enjambres de mosquitos llenaban los intersticios, mordían mis manos, atacaban mis ojos. Ojos. Pequeños y sagaces me escrutaban desde la fronda. Respiraciones, cuerpos que se deslizaban a mis flancos, volúmenes que no alcanzaban para quebrar las ramas. Finalmente hallé a mi hijo. No era sino un pegote de carne roída por las musarañas (reconocí su calzado).

En el perenne rocío de la selva, mis lágrimas no agregan nada. Tengo la boca seca, ya arde mi cuerpo por la fiebre. Debe ser malaria.

Chiquitina

Es domingo. Como suele hacer, mi chiquitina se despertó temprano, la primera. Curiosamente, me pidió de bañarse. Así, mientras se baña y sus hermanos duermen, yo me preparo un mate y me siento a desayunar.

La escucho cantar. A mi chiquitina le encanta cantar. Entonces me asalta una fantasía, una especie rara de melancolía prospectiva. Me imagino viejo, terminantemente viejo, pongamos setenta y tantos años, vaya a saber si recibiendo a mi chiquitina, para entonces una mujer madura, en una casa mía o estando yo de visita en su casa, sentado en una silla, en la cocina, tomando mate, y, mientras ella hace los que sean entonces sus quehaceres, se pone a cantar y al escucharla cantar yo recordaré estas mañanas de domingo en que mi chiquitina cantaba bajo la ducha,

jugando, y yo tomaba mate o me sentaba a escribir estos ejercicios de nostalgia prospectiva. Será una tristeza mansa, casi feliz. Eso espero.

Nocturno

A contraluz te miro (y para que esta frase tenga algún sentido, requiero de ustedes cierta colaboración: imaginen que están en una habitación cuadrada, grande; pueden ayudarse trazando en la pantalla de su mente cuatro líneas representándola; agreguen sobre el lado superior uno de esos rectángulos utilizados por los arquitectos para indicar en el plano la ubicación de una abertura; centrado respecto de los extremos, debe ocupar dos tercios del lado; ahora, enfrentada a esta ventana y apoyada en el lado inferior, imaginen lo más a la derecha posible una de esas porciones de pizza usadas para representar a las puertas; la cama está apoyada con la cabecera contra la pared de la izquierda; pueden pensarla como un rectángulo; imagínense en mi posición: estoy tendido en la cama, de espaldas a la puerta y viendo la luz difusa, amarillenta o cobriza, brillar en la ventana; ella ha entrado al cuarto; piensa que estoy dormido y por eso

se mueve sigilosamente; ha rodeado la cama y se ha parado frente a mí; incluso, mira hacia donde adivina mi cara, según el esquema mental que tiene del lugar, según lo que recuerda de mis costumbres, según lo que la penumbra le permite ver; no nota que yo la miro, acaso mis ojos no brillan; se desviste; silenciosamente, se saca la remera y su pelo largo, arrastrado un momento por la tela, sube y vuelve a caer sobre su espalda; deja la prenda en el suelo, donde dejará también el pantalón, que separa de su cuerpo con un empujón de los pies; en claroscuro se recorta su silueta de mujer; se lleva las manos a la espalda y puedo oír el minúsculo “click” del broche del corpiño; hace con los hombros ese movimiento consistente en volcarlos hacia adelante, ahuecando el pecho, para acompañar o producir el deslizarse de los breteles; no distingo el movimiento de las cintas, pero sé bien que rozan, indiferentes, sus hombros y sus brazos; por un segundo sostiene el corpiño en una mano, al lado del cuerpo; así es su imagen: oscura una mujer contra la ventana iluminada sosteniendo un corpiño; al fin lo suelta y cae al suelo, junto con el resto de su ropa; si han sido tan amables de imaginar todo esto, les pido un último favor, piensen como en un murmullo: “a contraluz te miro”).

Día de los muertos

Ya sé, me van a decir que exagero, que manipulo los hechos, que enmiendo, corrijo, que busco el efecto. Pero les juro (por Todos los Santos, pulgar e índice en cruz sobre los labios) que lo que les voy a contar corresponde a la verdad, que hoy, 2 de noviembre, a las siete y media de la mañana, el remisero que me llevaba a la parada del micro, sin que viniera a cuento de nada, porque sí, por mera necesidad de desahogo, me dijo que estaba mal por su padre, por lo que había pasado con su padre. Que se había ido a Mar del Plata, que se había metido en el mar. Que no había vuelto a salir. Que sufría acúfenos, esa enfermedad del ruido permanente en los oídos, que tenía 82 años y que estaba harto, que no lo soportó más. Se fue a Mar del Plata y se metió en el mar. Y no salió.

Y es así como se los cuento, les juro (por Todos los Santos, pulgar e índice en cruz sobre los labios), que como si no bastara ese asomarse de la Parca, recién,

hace un rato nomás, el taxista que me traía de vuelta a casa, a cuento de nada, por mera necesidad de desahogo, me contó de su mujer, del accidente cerebrovascular a miles de kilómetros. Que tuvo que traerla con una pierna paralizada, de los 7000 pesos que le cobraron, que la plata no importa. Que la operaron, que ella no quería que la operaran, que no quería que él firmara la autorización. Que la operaron igual, que si no la operaban se moría o quedaba en silla de ruedas. Que después de la operación él la vio bien. Dormida, pero bien, respiraba, y que al otro día todavía dormía, y al otro y al otro. Que le dijeron que era por los sedantes, para ayudar al cuerpo a recuperarse y que se murió al día siguiente. Que la hizo cremar. Que le compró una cajita y que ahora está con su madre, que ahora descansa en paz. Que ya pasaron unos días pero todavía no abrió el ropero. Que lo va a hacer uno de estos días, con su hija.

Es así, como les cuento, les juro (por Todos los Santos, pulgar e índice en cruz sobre los labios). Una de esas cosas que se cuentan creyendo que así uno se libera de ellas.

Ilusión de unidad

I.

Dice la crónica que el sujeto comenzó un día, con firme convicción, el proceso de desmontarse pacientemente. Le costó sudor y lágrimas, pero finalmente tuvo sobre la mesa un desparramo de piezas sueltas, inconexas, y no supo qué hacer con ellas. Las miraba, les estudiaba los bordes y ponderaba los encastrés, pero las muy putas se negaban a amalgamar para constituir un todo del cual dar razón. Desmontarse uno mismo es una empresa de riesgo, porque no hay manual de instrucciones para recomponerse, no hay PDFs al respecto, ni en la web ni en las redes *peer to peer*. El sujeto quedó solo frente a la mesa, cual turco en la neblina, cual perro en bote o en cancha de bochas, notando que ciertas piezas parecían sobrar, que otras se habían perdido, que otras nunca estuvieron y hubieran sido bien necesarias. Eso: que a veces uno siente que se

desmorona como una catedral de hormigas y que los bichitos (colorados, negros, culones o no, qué más da) se desesperan por lograr de vuelta una ilusión de unidad, una forma reconocible, un atado de algo.

II.

Parece ser que en alguna selva de un lugar muy inundable, pongamos que sea el Amazonas, hay unas hormigas que establecen sus hormigueros en los huecos de los árboles. Lo peculiar de estas hormigas es que, cuando en una crecida del río el agua alcanza el hormiguero, los bichos, de un color anaranjado muy brillante, se prenden unos a otros formando una especie de balsa y se dejan arrastrar por la corriente, llevándose Reina, huevos y crisálidas. Las obreras que quedan debajo del montón, metidas en el agua, se esfuerzan por escapar hacia la parte de arriba, otorgando al conjunto un aspecto inquieto e inestable. Y ahí va la balsa de hormigas, a la deriva en medio de la inundación, cambiando de forma como una ameba nerviosa. Hasta que la balsa toca algún tronco que sobresale del agua. Las hormigas se prenden al tronco y la balsa se descompone súbitamente en minúsculas y numerosas partículas, ya no balsa sino un montón de hormigas que buscan el hueco donde fundarán su nueva colonia.

Culo sucio

Ok, no nos andemos con falsas intrigas: soy el perro. Sí, el perro. Vamos, no se hagan los sorprendidos o los que son incapaces de poner en suspenso la incredulidad o esas cosas. No invento que los perros hablen o, en mi caso, escriban. Vengo a dar testimonio.

Es que, deberían aceptarlo, nadie los conoce mejor que nosotros. Al menos, nadie conocía a Violeta mejor que yo. Ni su madre, que en paz descansa, a la que no le contaba cómo se revolcaba en la tierra antes de ir a bañarse. Ni su marido, al que no le confesaba cuánto le gustaba mi lengua áspera en su puto sexo.

Sí, como lo leen. Todos guardan secretos.

Pero es así: nosotros les olemos el culo. ¿Qué se creen? Cuando están distraídos, o cuando no, fíjense que ni siquiera nos importa, les olemos el culo. ¿A qué creen que huele un culo? ¡A culo! ¡A qué carajo va a oler? Con un poco de práctica ustedes también aprenderían a reconocer los matices, el culo de uno, el culo

de la otra. No hace falta olfato canino para eso. Pero en el fondo, y en última instancia, un culo huele a culo.

Sus culos cuidaditos no son tan especiales.

Imagínense pobre Violeta el día que se dio cuenta de eso. Ella, tan amante de la limpieza, tan enfermita de la pulcritud.

No exagero: habrá estado dos horas con el culo en el bidet. Se lo fregó con verdadera pasión. Y con bastante jabón también. No tengo dudas de que lo disfrutó. Yo creo que lo de esa jornada fue mi obra maestra. Mirá que hacerse chupar la concha por el perro cuando el marido no está. Yo la quería a Violeta, pero no podía aceptar el papel de esclavo sexual.

Violeta me había criado de cachorro. Me había alimentado, me había dado abrigo. Y yo era feliz haciéndola feliz. Pero también era ella quien había decidido, un buen día, cuando ya me había vuelto un perro grande y lanudo, cuando había empezado a dejar pelos y baba en los almohadones del sillón de la sala, cuando se le pegó la manía de exigir a todos andar por la casa con esos ridículos patines de fieltro, cuando fue evidente que yo jamás podría usarlos, que ya no ingresara a la casa.

Desde ese día, solo me hacía entrar para que le chupara la concha. Tenía una rica concha. Y yo creía que era feliz haciéndola feliz.

Como sea, luego de alcanzar el orgasmo, Violeta me arrojaba otra vez al patio, excitado perro caliente, y se ponía a lustrar el piso de la sala donde mis uñas habían dejado sus marcas, cepillaba mi pelo de los sillones, incluso de aquellos que no había tocado, cambiaba las sábanas, se bañaba (dos veces; tres veces).

El desprecio se convirtió en humillación. No pude soportarlo. Afirmé mi ánimo de venganza un día que le olí el culo después de uno de esos baños. Ella salió al patio, creo que a encender el lavarropas donde había puesto las sábanas y yo me acerqué a olerle el culo. Nada especial. Sólo cumplir el canino y ancestral ritual de reconocimiento. Pero ella se quedó de una pieza.

Puedo imaginarlo: “Me quedó el culo sucio”, habrá pensado. Entró de nuevo al baño y se sentó en el bidet. Se lavó el culo una vez más. Cuando salió al patio, me volví a acercar para olerle el culo. No con ingenuidad sino para probar una hipótesis.

Y acerté: Violeta volvió al baño a lavarse una vez más. Se cambió la ropa interior. Hirvió las sábanas. Supe que tenía un poder sobre ella.

Ese día comenzó mi hostigamiento. Cada vez que Violeta salía al patio, yo me acercaba a olerle el culo. Cada vez que me hacía entrar a la casa para que se la chupara, le olía primero el culo.

Logré hacerle sentir que su culo hedía.

Un día ya no se hizo chupar más la concha y empezó a retacear sus salidas al patio. Yo era infalible e impiadoso: la escasez de oportunidades agudizó mi insistencia. Recibí golpes en el hocico, empujones, patadas. Fui rociado con perfumes y desodorantes. Perseveré. Y para enfatizar el efecto, dejé de olerle el culo a Martín, el marido.

Al mismo tiempo, la obsesión de Violeta con la limpieza fue empeorando. El colmo fue el día que le planteó a Martín que verificara la dirección del viento antes de entrar a la casa, para escoger la puerta del lado opuesto y evitar que el polvo entrara.

«Loca de mierda», pensé yo, que estaba escuchando todo del otro lado de la puerta del patio.

Martín debe haber pensado lo mismo, aunque no dijo nada. Escuché que se paraba, amasaba un gargajo y escupía sonoramente en el piso. El chasquido del garzo contra el mosaico me hizo mover las orejas.

Luego, Martín se fue de la casa.

Puedo imaginar la angustia de Violeta. Su mente delirando la multiplicación febril de gérmenes, bacterias anidando en el escupitajo. La escuché arrojar al piso. Ya no pudo parar. Se puso a limpiar frenéticamente. La escuché fregar, sacudir, cepillar, lavar, encerar, bruñir, pulir, perfumar, blanquear, abrillantar. Sentí olores de detergentes, ceras, abrillantadores, perfuminas, pulidores, lejías. Se le hizo la noche.

Ella me había contado, con esa inocencia del que cree que no es comprendido, de quien piensa que sólo produce ruido para azuzar al perro, cómo engañaba a su madre y se revolcaba en el barro antes de ir a bañarse, para estar bien sucia, el vestidito bien sucio, porque ella era sucia, una sucia perra. Había insuflado en mí su deseo, yo sabía lo que ella sabía: que por mucho que lavara, nunca podría tener el cuerpo limpio, que tendría siempre el culo sucio.

Tarde a la madrugada se hizo un silencio breve.

Logré escuchar la respiración profunda de quien se ha dormido, el hipo de un sobresalto, otra vez el vaivén de quien no duerme y limpia, rasquetea. Estornudé varias veces con el asserrín rojizo que el viento norte hacía cruzar la casa y salir por la puerta. “Esta mina está loca: está rasqueteando el piso en plena madrugada”, pensé. Y reí de esa forma solapada e incógnita en que reímos los perros.

(Traten de imaginarlo. Piensen en los magros labios tensos inhábiles, piensen en los dientes afilados o podridos, recuerden el brillo de los ojos. Esa mueca siniestra es la risa de los perros.)

En toda esa noche no ladré, ni rasqué la puerta. No quise interrumpirla. Más tarde o más temprano llegaría al fondo profundo de mierda que ya no podría limpiar.

A la mañana, cuando salió el sol, oí el ruido de unos huevos estrellarse contra el piso. Pegué el hocico a la hendidura bajo la puerta para captar todos los detalles. Sentí olor a manzana, a huevo, a aceite. No escuché que intentara limpiar los huevos rotos. La nariz se me llenó del olor de un bife puesto a la plancha y se me hizo agua la boca. Ella también tenía hambre. No pude resistir y rasqué la puerta. Violeta no me abrió ni vino a poner el odioso alimento balanceado en mi plato.

Con el hocico pegado al piso, junto a la puerta, pude escuchar cómo Violeta arrojaba los trastos en la bacha y abría la canilla. Cómo dejaba el agua corriendo. Escuché claramente cómo resbalaba, y caía al piso y ahí se quedaba.

A mí también me venció el cansancio y me dormí. Cuando me desperté, un jugo grasiento y sucio escurría bajo la puerta. Apenas podía escuchar unos sonidos suaves, un leve jadeo, que no pude reconocer.

Entonces advertí que podía encaramarme para mirar el interior de la cocina a través de la ventana de la puerta.

Y ahí, en dos patas como andan ellos, impedido por el vidrio de percibir los más sutiles olores, vi a la mujer tirada en el piso, lamiendo como una perra el agua grasienta que había rebalsado de la bacha.

Me bajé de la ventana. De alguna manera, lo que yo quería se había consumado. Pero estaba triste, sin embargo.

Me eché al suelo y apoyé la trompa sobre las patas delanteras cruzadas, las orejas caídas, el rabo entre las patas. Me quedé así, viendo escurrir el agua mugrosa que empezaba a enchastrarme el pelo.

Al rato, sentí un fuerte olor a mierda. Me paré y pegué el hocico a la hendidura. No había dudas: Violeta se había cagado en la cocina. Varios días después, vería las inscripciones que había pintado con los dedos en las paredes.

Cinco días. Pasaron cinco días hasta que Martín reapareció. Traía un ramo de violetas, el muy pelotudo. Martín siempre me había parecido un nabo. De hecho, el gesto de carácter que había manifestado al escupir el piso y abandonar la casa me había sorprendido. Y ahí estaba, volviendo, con un ramo de violetas en las manos. Le hice fiesta cuando lo vi llegar. Después de todo, yo estaba muerto de hambre. Antes de que pudiera entrar a la casa, le olí el culo.

Qué se creen: identifiqué el olor de siempre y otro más. Él también tenía el culo sucio.



Desencuentro

—Yo no soy para vos.

Bueno, no le dije eso. Usé otras palabras, qué se yo. Lo vi tan expuesto, tan vulnerable, que hasta me dio ternura. Mirá que mandarse así, sin red, nada. Estaba tan sorprendida que se lo pregunté: «¿pero yo hice algo que a vos te diera idea de que había onda?». Y me dijo que no, que era que yo le gustaba, así, por ser como soy. Quiso decirlo como un chiste, «voy a decir una cursilería», y la dijo, nomás: «por ser como sos». Qué boludo. No creo que sea tan así, me parece que no quiso reconocer que se había entusiasmado a partir de alguna cosita de nada, mirá que además resultó vanidoso. No sé, después de todo teníamos buena onda... no, no me gusta especialmente, o bueno, no sé, nunca le presté atención de esa manera, es un compañero de trabajo, si yo hasta me sentía una pesada cada vez que lo buscaba para charlar o tomar mate. Ni en pedo me enganchó

en una historia así, no da, es para cagada, a la corta o a la larga. Está casado, además. Sí, casado. No, dice que no, que con la mujer está bien. ¿Ves? Es eso, no me cierra. Dice que no está mal con la mujer, que no hay nada que yo haya hecho que lo haya entusiasmado, no sé, si no es nada de eso es que está loco, se lo dije así, «estás loco», ¿qué podés esperar de un tipo que de un día para el otro te dice que te quiere cojer? Bueno, no me lo dijo así, pero era eso, qué sé yo. No, no exageres, no jodas, pero yo ya no le creo nada. No, ahora hola y chau. Lo justo, mirá, no aflojo ni loca, a ver si piensa que sí hay onda, por Dios. ¿A mí? Nada, ¿qué querés que me pase? Estoy sorprendida, nada más, una lástima, había buena onda, charlábamos mucho, salíamos por ahí a tomar algo después del laburo, nos regalamos discos, qué se yo. Sí, una pena, para eso daba, no sé qué se le pasó por la cabeza, se zarpó.

—Yo no soy para vos.

Bueno, no fue eso lo que dijo, pero qué más da: dijo eso. Usó otras palabras, fue cortésmente cuidadosa, hasta tierna, buscó no lastimar, pero dijo eso. Y el cuidado que puso en decirlo la hace aún más cruel. Bueno, no cruel. Cómo decirlo; como el mar que ahoga y no lo sabe, diría Antonio Gala, algo así. O tampoco, porque ella sabía perfectamente, pero no había culpa.

Eso, que no había culpa, algo así. Qué importa, si en definitiva me dijo que no era para mí.

Sonrió livianamente, un esbozo, inclinó apenas la mirada (en realidad, bajó un poco la cabeza y arqueó las cejas, pero yo diría que inclinó la mirada, una tontería). Mientras sonreía, mordía apenas el cierre de la polera de chenille que tenía puesta, un gesto encantador: tenía un aire de picardía y complicidad.

—Estás loco.

Eso sí lo dijo, con todas las letras, mientras sonreía con ese gesto encantador que no invitaba a nada. Yo había actuado como si bastase con pedir. Entonces, sentí algo muy triste: que el amor no es para los mendigos. Y que para mí ya era tarde.



Manos

Mi hijo mayor se durmió agarrado de mi mano. No sé si debería contar esto. Pienso en mis doce años y en que me hubiera avergonzado enterarme de que mi padre le contaba a alguien una cosa así. Pienso, también, en que hay diferencias de estilo sustanciales entre el padre que fue mi padre y el padre que yo soy, y en que hay diferencias de carácter sustanciales entre el hijo que yo fui y el que mi hijo es.

La cuestión es que se acostó y nos dimos la mano y se durmió. Tiene la mano grande. Casi tan grande como la mía. Y fuerte. Ya no es la mano de un niño. No es aún la de un hombre, pero ya no es la de un niño. Entonces agarré fuerte esa mano. Quería que esa forma, ese volumen, esa tensión, quedara grabada en mi mano, en la memoria de mi mano, porque intuí que esa era una última vez, que esa era una de una serie de últimas veces que ya han comenzado a ser.

La vida no se priva aún de ofrecerme primeras veces. Sorprendentes, excitantes, frustrantes o dolorosas, mi vida sigue llena de primeras veces. Pero empiezo a ser consciente ahora de las últimas. No sé cuántas veces más mi hijo se dormirá tomando mi mano.

Cualquier día de estos, serán esas las manos de un hombre que comprenderá que no hay nada que pueda sostenerlo guardado en las manos de su padre.

Los pesos muertos

Arrastro tantos muertos, tantos cuerpos muertos en el propio cuerpo, tanto cadáver encima y amontonado, que la vida pesa de puro agobiada, sometida al esfuerzo bruto de arrastrar los pesos muertos. Pero no puedo desprenderme de los cadáveres de ensueño o pesadilla. No puedo abandonarlos a su suerte (suerte de disolución la perra suerte de todo cuerpo, a la inmundicia de la intemperie o en la púdica intimidad del féretro). Ellos aún están tibios, aún no hieden, y son el testimonio de tanta cosa viva y caliente que ahora no está y sin embargo se siente, apenas recuerdo o sombra, no muy distintos al fin de quien vela y se queda sin embargo: no puede o no intenta. Sobre todo eso: no intenta. Porque ni siquiera trato de desprenderme de los cuerpos. Si ellos se fueran, si ellos partieran a su suerte, ¿qué sería de mí sin su recuerdo? Acaso sean el lastre que me mantiene en tierra, que frena mi levitación, después de todo, una disolución

del cuerpo en el espacio, hacia un cielo fértil o imaginario, lugar donde habitan Dios y la abuelita y a donde se van los perros y a donde se fue el gato. El cielo, eso que ya sabemos: el lugar en donde se les dice a los niños que están los muertos.

Allí irán si los suelto.

Entonces los duelo. Los llevo conmigo a todas partes porque no sé adónde estoy si me los dejo, toda la noche despierto, porque dormir es morir un poco y ellos son la prueba de que soy yo el que los velo.

Suena Zappa

Suena Zappa. Eso no significa mucho. Es decir: a lo sumo representa una declaración, eso que los gringos llaman *self presentation* y, tratándose de Zappa, podría significar: me creo un perro verde, en algún sentido superior al promedio, de paladar sofisticado y distante del gusto del rebaño, de mayor o menor actitud crítica, bastante cínico, dispuesto a afectar, sino experimentar, el goce de composiciones retorcidas y contraintuitivas. Etcétera.

Es decir, y como sea: suena Zappa. Este sería un buen momento para colar en este relato la noción de que la música de Zappa es como un caleidoscopio, el efecto más o menos vertiginoso de la salvia divinorum, algo de carácter interdimensional, pero la verdad es que sólo se trata de un cuento, una historia que comienza diciendo “Suena Zappa”.

Como en todo cuento que se precie, lo interesante sería desentrañar la circunstancia, la razón, el meollo,

el quid de la cuestión. No obstante, un listado de palabras surge entre mis documentos y me obliga a distraerme de lo esencial, de lo vital, del pulso rústico de los cuerpos, del tren rojo y alocado del pensamiento y de la acción. Eso: sobre todo de la acción. Puesto que ¿qué pasa en este relato?

De momento, sólo sabemos que hay un hombre (aunque bien podría ser una mujer, lo que demuestra cuán poco sabemos) que está escuchando a Zappa. Aunque eso tampoco es necesario. Es decir: es probable que suene Zappa en un ambiente deshabitado o en presencia de un sujeto (hombre o mujer, Juan, Pedro, Marcia o Michi) incapaz de percibirlo o al menos apreciarlo, o, lo que es lo mismo, que lo oye sin escuchar. Eso, quizás lo sepan, es perfectamente posible: suena Zappa y para nuestro sujeto es como si un tremendo acorazado hiciera retumbar los siete mares con un estrépito calmo, con vibración tectónica, casi como quien dijera un silencio ciego.

O pasa un camión.

Entonces tenemos que ante nosotros se encuentra un hombre (o una mujer) para el cual la música de Frank Zappa es como el silencio que precede a la llegada del circo.

Luego, llega el circo.

El payaso camina haciendo malabares con mandarinas. Detrás vienen tres elefantes de diferentes razas,

uno grande, gris, africano, uno pequeño, más claro, asiático, y uno que no. Todos saludan con las orejas y avanzan aferrados con la trompa al camarada de adelante. Hay uno que no.

Nuestro hombre (o mujer), se levanta del lugar donde reposaba sin escuchar a Zappa, se acerca al balcón que a este fin implantamos de pronto a su disposición y desde allí agita la mano como despidiendo a un barco, como aventando penas, como escurriendo un cristal que de pronto se hubiera empañado por la pesada respiración de los elefantes, los payasos, la troupe de acróbatas que viene detrás haciendo piruetas y del grupo de mimos que de pronto se congela como si una fotografía en mica los retratara, impávidos, grises, altamente resistentes al calor. Inmediatamente, una jauría de caniches se desparrama alrededor de los mimos como bolitas de mercurio en dos patas y con colitas ridículas.

Los mimos permanecen en sus lugares. Devenidos mica, quedarán allí, tal vez por el resto de la eternidad, o lo que quede de ella. Nuestro hombre (o mujer) los mira a los ojos. Advierte allí nuevamente el silencio ciego que es como el tronar de un acorazado que perturba la quietud abisal de los siete mares y se le revela entonces El Vacío.

Pero no es capaz de aprehenderlo. Así como nuestro hombre (o blah, blah) es inmune al sonido de Frank

Zappa, el vacío es para él la quintaescencia de lo imperceptible y pasa a su lado como un ángel en un oasis de amapolas. El acceso directo a la experiencia mística que le revela el vacío le está vedado. Con todo, no está privado de esperanzas: nuestro hombre/mujer (tache lo que no corresponda) puede aún acceder a variados y exquisitos textos que por interpósita mediación, a través de una aciaga metaforicidad, le señalen el nudo, el centro, el hueco inasible de lo que no tiene nombre y no puede nombrarse, vale decir El Vacío.

Tal vez nuestro sujeto (Juan, Pablo, Haydée, Carmina o Burana) se aproxime al estadio de la iluminación y todo esto (la ignorancia de Zappa, la llegada del circo, el saludo a los mimos que parecen fotografiados en mica) no sea sino el prólogo, el antecedente, el prolegómeno necesario para avanzar un paso hacia, bueno, hacia algún lado que por definición no es este.

Cantará un himno.

*Hare Krishna,
Hare Krishna,
Krishna Krishna,
Hare Hare,
Hare Rãma,
Hare Rãma,
Rãma Rãma,
Hare Hare.*

Ayunará. Velará. Levitará. Caerá en picada y se dará de trompa contra el piso con la contundencia de cincuenta ícaros desgraciados, se partirá dos dientes y le quedará el tabique desviado (un poco a la izquierda).

Con el rostro hinchado, nuestro sujeto indagará los murales de Siqueiros, la filmografía de David Cronenberg, la Ética de Spinoza y llegará a la conclusión de que no ha entendido un carajo.

Se sentará nuevamente en su cómodo sofá (marrón) y cantará una canción que dirá más o menos así:

*Gib zu mir etwas Fussbodenbelag
Unter diesen fetten fliessenden Sofa*

Luego, no pasará nada. Advendrá una vez más el silencio (ese, que es como un acorazado que blah, blah, blah) y pensará: ¿Qué se puede hacer salvo ver películas? Pasará entonces a frecuentar clubes cinéfilos. Como nuestro hombre (o mujer) aún tiene de sí mismo una visión aristocratizante, se dedicará especialmente al cine ruso o de Europa del Este que, es bien sabido, no mira nadie ni siquiera en Europa del Este.

Concluirá, en consecuencia, que ha perdido el rumbo, el tren, que le ha pifiado a todos los horarios, que se le ha ido la oportunidad evidente de apresar Aquello, eso que en *Pulp Fiction* brilla desde el interior escamoteado de un portafolio. Como sea, un esquema

se dibuja. Recapitulando: tenemos un hombre (o, está claro, una mujer; esta historia no hace diferencia de género) que se encuentra perdido y confundido y realizando un ciclo vital que de alguna manera supone la intuición de un Más Allá que, cual el consabido horizonte, se escapa. El personaje entonces realiza un periplo que, aparentemente, se prepara con la audición de la música de Frank Zappa, la cual no lo afecta, y se desencadena con la visión de un grupo de mimos que permanecen inmóviles como en una fotografía de mica y cuyos ojos le manifiestan oscuramente el vacío, revelación que no logra aprehender y lo lanza a la adoración de Krishna primero y a una búsqueda desesperada por todo tipo de superficies tales como textos o películas después.

Es entonces que lee El Fiord. ¡Para qué! Habiéndose asomado al pavor y la violencia, nuestro sujeto gritará como un conejo enloquecido y escapará corriendo por el living comedor. Saldrá al balcón aquél que convenientemente implantáramos a su disposición y saltará, presumiblemente, al vacío, que, vale aclarar, no es El Vacío, sino otra cosa mucho más prosaica. Sujeto afortunado: por arte de magia decidimos que su balcón se encuentre a escasos y melifluos 70 centímetros del suelo, con lo que su carrera (loca) apenas se verá perturbada.

Perderemos de vista a nuestro sujeto. Eso es necesario, sino no sería posible explicar que súbitamente comencemos a recibir correo de su parte. Nos dice:

Queridos amigos,

les escribo desde tierras inhóspitas y distantes a las que he sabido llegar impulsado por el pavor que me fuera provocado por Osvaldo Lamborghini. Aún no he podido burlarlo: todavía me lame los pies con fidelidad canina y me despierta por las noches. Procuro hacerme una vida ejerciendo oficios actuales y antiguos, tales como el diseño de aplicaciones móviles y la caligrafía china. La crisis económica es terminal, tal vez lo sepan por la prensa. Aquí, los jóvenes se suicidan en masa a la espera del final de los tiempos y los viejos simplemente esperan, más sabios, más resignados, tal vez apenas más débiles o simplemente privados ya de toda voluntad. Yo hago lo que puedo. Espero que el navegador no se cuelgue mientras escribo. Tiene esa costumbre. Mi PC apesta. Bueno, en realidad ni siquiera es mía. Me la presta el cocinero de la pensión donde vivo. Es un viejo hippie con pretensiones budistas. Le conté de mi pasado Hare Krishna y eso le simpatizó. Me hace comida macrobiótica, o al menos vegetariana. O al menos no usa carne y pone mucho curry. No está mal. El curry cansa, eso sí. Y extraño

la carne. Hoy encontré un restorán argentino. No saben: hacen mollejas al cava. Me metí y las probé. Me costó caro, pero son lo más parecido a la gloria que he conocido en materia gastronómica. Algún día tendrán que ceder al pavor y venir a estas tierras inhóspitas y distantes. Yo los llevaré al restorán argentino que hace mollejas al cava. ¡Ahhhh! ¡Ya me dirán! Bueno, les mando saludos, especialmente para esa chica que extraño y deseo por las noches cuando el pavor me lame los pies y me humedece.

Besos

Juan, Pedro, Marcia o Michi

Y así pasará el tiempo. Años, pasarán.

En semejante plazo (los largos años de una vida) es más que factible encontrar lugar para que un personaje escuche mp3, utilice scanners, aspire cocaína, compre una nueva alfombra y redecore su cuarto, conciba un nuevo género lírico—narrativo, vea alguna noche, solo o en compañía, la película *American Horror Story*, se enamore de una mujer y la abandone. Las vidas humanas tienden a ser banales.

Pero los detalles nos parecen de mal gusto y no tenemos la paciencia de Roberto Bolaño para urdir vidas enteras en un solo cuento. Lo último que sabremos de nuestro personaje (hombre o mujer, a

los fines de esta historia es indistinto) es que conseguirá empleo en una empresa de Silicon Valley como diseñador de tipografías y ya no buscará eso que brilla desde el interior escamoteado de un portafolios.



Elephant talk

No puedo hacer sino esto que hago, así, como lo hago. Torpemente, sin gracia, a los ponchazos, pasando como el mítico elefante haciendo añicos las fruslerías que conforman el precioso capital del dueño del bazar. No es tampoco que sea Atila y que un impiadoso ímpetu conquistador me lleve a arrasar la tierra que piso. Es apenas una de las formas de la torpeza, ni siquiera la más flagrante o la más dolosa, apenas eso: un elefante en un bazar, echando por tierra vasos baratos, jarros de agua y palanganas, pingüinos de vino, quemadores, calentadores, perchas, tendederos, esas cosas simples. No puedo exhibir en mi beneficio una vocación iconoclasta. No ando por ahí vociferando el fin de los tiempos ni buscando aquello indestructible que tanto interesaba a no me acuerdo cuál anarquista famoso. Claro, desprovisto de una motivación loable, difícilmente pueda conformar al dueño del bazar explicándole que es mi naturaleza de elefante la que

me priva de la delicadeza que sus susceptibles escarparates reclaman. Quiero decir: no se puede ser un elefante, meterse así nomás en un bazar y pretender luego salir por la puerta saludando con las orejas y bamboleando la cabeza como todo un artista mientras suena de fondo la musiquita del circo. No, señor. Todo tiene un precio y debe pagarse. Lo que consecuentemente quiero señalar es que acumulo muchas deudas. Me encantaría poder pagarlas sin falta, pero algunas me las quieren cobrar usurariamente y, en todo caso, no tengo sino esta naturaleza de elefante que, sin gracia, torpemente, me llevará a hacer nuevos estragos en las oficinas de cobranza.

Sin embargo, debieran verme cuando con la punta de mi trompa levanto del suelo, separándolo de las ramas secas y el polvo, ese minúsculo maní que algunos amigos que conservo me regalan y, con gesto serio y concentrado, como conviene al rostro tristón de un elefante, lento, parsimonioso, me lo llevo a la boca para disfrutar de ese sabor seco y chiquito que tan bien acompaña, dicen, a la cerveza...

Solo como un perro

Estaba en el pozo cuando Melchor se rió.

—Qué... —dije.

—Mirá lo que te hace hacer un perro, curepí — aclaró —. Dejame a mí —y se metió en el agujero; cada palada suya eran dos de las mías—. Se nos va a hacer de día.

Mientras yo recuperaba el aliento, vi a Pedro que se asomaba sobre el cerco. Mi mujer andaba por ahí.

—Son amigos, ¿no?

No escuché la respuesta de mi mujer, que le habrá dicho «sí, son Carlos y Melchor». Menos mal. A Pedro le gusta jugar a los policías y ladrones y podríamos habernos comido un par de chumbazos. Habrá recibido, además, un resumen de situación: se murió el perro de los vecinos de enfrente. No, están de vacaciones. Hoy a la tarde. Venía jodido, una especie de tumor.

Y para enterrar un gran danés hay que hacer un pozo casi como para meter a una persona. Sí. Más o menos como para una persona, supongo.

—Le faltaba hablar —la prima de Melchor se arremó a acompañarnos, sin querer ver al perro.

—Vamos, Evita, no te pongas sentimental, si era más boludo que las gallinas. Buenazo, pero más boludo que las gallinas...

—Las cosas que hay que hacer por los vecinos —dijo Melchor, en un descanso.

—Y... no podemos dejarlo tirado ahí—y bajé yo al pozo.

—Es que estaba depresivo.

—El tumor en la pata ya lo tenía...

—Ya lo tenía, sí, pero se entregó. Estaba triste de estar solo. ¿Lo viste cómo estaba hoy?

Sí, claro, si lo bajé yo de la camioneta del veterinario. Un perrazo de sesenta kilos tirado en una lona que usamos como camilla para llevarlo a su canil, con la cabeza colgando, ya muerta. Sí: entregado.

Ahora, reparo en la luna llena que completaba nuestro cuadro de sepultureros. Pensarán que busco darle a mi relato un toque banalmente tétrico, pero era así, nomás. Ahí estábamos y había luna. Luna, luna llena.

Menguante.

Me doy cuenta de que no le sacamos la cadena del cuello. La imagino con destino de fósil: la encontrarán cuando alguien decida construir en este baldío.

No sé por qué pero no fue con la primera palada que le echamos encima, después de descoyuntarle las patas para acomodarlo en el hueco de todas maneras estrecho, sino con la segunda que Melchor se despidió.

—Chau, Bull.

Ingenuamente, como un conjuro, después de todo, quizás, en eso consiste. Repetí el saludo en voz baja. Seguimos llenando el pozo hasta que quedó el montón de tierra removida. Después, lavamos las palas.



¿No ves que ya no somos chiquitos?

Es muy triste ver surgir un entusiasmo, chiquito, tímido, debilucho. Verlo asomar como una plantita minúscula que rebrota entre el polvo cruel de la sequía o entre las cenizas que siguen al incendio. Es descorazonador verlo estirar esas hojitas como bracitos, como desperezándose, como venciendo una tendencia a la inmovilidad que le viene de dentro. Y después, verlo malograrse. Los anteriores entusiasmos fueron arrasados por cataclismos furibundos y rapaces y no ha quedado de ellos más que un germen que se repliega y repliega y repliega y se va hondo en la tierra y huye de la luz y todas esas cosas que ya se sabe que hacen los entusiasmos cuando a su alrededor el tiempo no es propicio y rugen tempestades o rechistan alambradas eléctricas. Pero nunca un cataclismo es tan fuerte ni tan duradero. Se acaba, un buen día, y entonces un minúsculo entusiasmo asoma su cabecita y empieza a desperezarse. Y cuando parece que

este minúsculo entusiasmo, un entusiasmo que es apenas la evocación o el resto de otros entusiasmos voraces o feroces, entonces, se acerca la cabra inevitable, el hervíboro del caso y pum, se lo come, o lo pisa la manada de elefantes o lo arrastra un torrente inesperado que, en realidad es igual que el propio entusiasmo, señala el fin de la sequía. Y después queda ahí el hueco de ese minúsculo entusiasmo, la sensación del brazo amputado que es énfasis de una ausencia, y uno se queda mirando como diciendo «¿y? ¿ya pasó?» y ahí no queda nada y otra vez a esperar, a cuidar semillas invisibles y minúsculas, que las trae y lleva el viento, y repararlas del clima y de los pájaros y esperar a que brote, otra vez, un entusiasmo que, para llegar a baobab, tiene primero que ser brizna.

—¿Baobab?

— Sí, Antoine, las rosas me chupan un huevo. No quiero un entusiasmo de rosa. Quiero un entusiasmo fuerte como un baobab...

—Pero es que yo pensé... creí... bah, la idea era...

—Sí, Antoine, ya sé cuál era tu idea. Era una linda idea. Pero ya no somos chiquitos.

Antoine me mira. Se lo ve apesadumbrado. Se ve que, de alguna manera, lo he decepcionado. Se recuesta en su silla y juega con la cuchara del café. Abre la boca como para decir algo y escucho la pequeña

apnea que prepara la salida de la voz. Se calla, sin embargo.

—¿Sabés, Antoine? Hace años, había en el patio del departamento donde vivía una bolsa de tierra. Brotó algo, ahí. Lo cuidamos y lo dejamos crecer. Resultó un jacarandá. O la semilla estaba en la bolsa, o cayó con la mierda de algún pájaro, andá a saber. Lo dejamos en la bolsa hasta que estuvo lo suficientemente grande como para pasarlo a una maceta. Lo transplantamos. Luego nos mudamos y lo llevamos con nosotros. Tuvimos que pasarlo a una maceta más grande. Alcanzó un par de metros de altura. Se ve que el macetón donde lo teníamos no lo favorecía. El tronco era un palito fino y flexible que tenía en la punta un penacho de esas hojitas compuestas propias de los jacarandaes, pero resistió vivo, aguantó tormentas y heladas y resolanas. Mas nunca nos decidimos a plantarlo. Ningún lugar parecía lo suficientemente bueno. Yo me fui de esa casa, con dolor, con furia. Ahora, necesito un baobab. ¿Me entendés, Antoine? Un baobab...

- 11 — “...y en la espera vagamos, indiferentes...”
- 17 — Mirada (speed)
- 19 — El gesto
- 23 — Niebla
- 25 — Lisboa
- 27 — Pongámoslo así...
- 29 — Como no dormir
- 31 — Una graciosa pirueta
- 33 — Eras tan Lelouch
- 37 — Autopista La Plata—Buenos Aires
- 39 — Crueldad
- 43 — El viento reposa

45	—	Me pican las manos, reina...
49	—	Chiquitina
51	—	Nocturno
53	—	Día de los muertos
55	—	Ilusión de unidad
57	—	Culo sucio
65	—	Desencuentro
69	—	Manos
71	—	Los pesos muertos
73	—	Suena Zappa
83	—	Elephant talk
85	—	Solo como un perro
89	—	¿No ves que ya no somos chiquitos?



Pablo Ferraioli vive en La Plata y es músico, escritor, comunicador y padre de tres. Escribe narraciones breves y cuentos, que ha publicado en revistas de Argentina, España y Venezuela.

En 2013, su cuento “Suenan Zappa” (incluido en este libro) recibió una mención del jurado en el concurso “Osvaldo Lamborghini” de la Universidad Nacional de La Plata.

Este es su primer libro de cuentos y narraciones breves.

A detailed close-up photograph of an elephant's skin, showing the characteristic deep, irregular wrinkles and folds. The texture is highly tactile, with varying shades of grey and brown. In the upper right corner, a small tuft of grey hair is visible.

* Esta tipografía puede ser descargada **gratuitamente** desde
http://www.tipografiagandhi.com/common/zip/gandhi_sans_and_serif.zip

Esta *tipo* fue creada en México. Pensada por un equipo de tipógrafos y diseñadores mexicanos reconocidos internacionalmente, y avalada por un grupo de oftalmólogos, neurólogos, editores e impresores, la Gandhi es la tipografía que más facilita la lectura.

Es una tipografía que, al compararse en el mismo tamaño con otras tipografías, se ve más grande lo cual facilita la lectura. Al ser impresa en inyección de tinta (el sistema de impresión más utilizado en México), alcanza su grosor ideal. A diferencia de otras tipografías, que al aumentar su tamaño crean una mancha que dificulta su comprensión y cansa a la vista, esto no sucede con Gandhi. Es una tipografía ligera, es decir, compone páginas con poco porcentaje de negro, una característica apreciada por muchos lectores. Fue seleccionada para formar parte de la muestra principal de Tipos Latinos 2012 *Quinta Bienal de Tipografía Latinoamericana*, la cual reúne las obras tipográficas más destacadas de la región.

The background of the entire page is a close-up photograph of an elephant's skin, showing its characteristic deep, irregular wrinkles. A solid red vertical stripe runs down the center of the page, framing a white rectangular area where the text is located.

Elephant Talk
de Pablo Ferraioli

primera edición
funesiana

se trabajó con la familia
de fuentes “Gandhi Serif”
en diversos tamaños y
formas y se ha terminado
de diseñar el día 6 de abril
de 2016, en una jornada
de profunda y entretenida
discusión con el autor por
los detalles de la edición,
las políticas editoriales y
el enorme misterio que
deparan las
primeras ediciones.